

rico con la cabeza hácia abajo. En cuanto al obelisco, justifica su nombre de aguja de Cleopatra.

No hemos tenido tiempo de entretenernos en la contemplacion de la capital, observada á vista de pájaro, porque la posicion de las banderolas, sumamente extendidas hácia las regiones superiores, indica una caída rápida. Arrojamós el lastre á sacos, y las circulares de la *Bella Jardinera* á puñados.

Deberia sustituirse el lastre de arena, que baja con demasiada celeridad, por papeles muy lijeros, plumas, cuerpos aéreos ó pequeños paracaidas. Los prospectos que entregamos á merced de la atmósfera forman un verdadero nublado, que indica con asombrosa precision el surco invisible trazado en los aires. Cuando revolotean, cuando se ciernen sobre nuestras cabezas, no consiste en que el viento les preste alas, sino en que nuestra caída involuntaria es mas rápida que la suya.

Algunos sacos de arena activamente sacrificados acaban por imprimir un movimiento ascendente. Entonces la escena cambia. Los prospectos desaparecen como si se hubiesen transformado en hojas de plomo. Hemos triunfado de las pérdidas de gas que añaden de segundo en segundo á nuestro globo un peso casi igual al del hidrógeno que pierde.

Si el orificio inferior estuviese provisto de una válvula que se abriera únicamente en caso de peligro, nuestro veterano globo podria satisfacer las exigencias de un largo viaje, y dejar muy atrás al globo *Imperial* del Hipódromo, que sigue la misma ruta. Pero aquel orificio está siempre abierto, á pesar de los esfuerzos que hace Camilo de Artois para disminuir su superficie; produce una ventilacion que aumenta cada movimiento del globo, las grietas se agrandan y se transforman en grandes desgarros. Cuando el globo sube, el gas se filtra por una infinidad de orificios; cuando baja, el aire penetra en él precipitando su caída.

La dificultad de mantenernos á siete ú ochocientos metros de altura va aumentando por momentos. Ya no tenemos prospectos, y de los sesenta sacos de lastre que llevábamos, nos quedan diez y seis solamente. Y sin emhargo, continuamos bajando, los diez y seis sacos de lastre se reducen á cinco, y por fin estos cinco van á parar bruscamente al espacio. Este esfuerzo produce una parada, casi imperceptible. Despues de haber girado sobre sí mismo, el globo se sumerge en el aire como un nadador que se zambulle en el agua de cabeza.

Entonces estábamos á una altura que, segun las indicaciones del barómetro, debia ascender á 400 metros. El viento producido por la caída rápida causa una sensacion análoga á la que se advierte cuando se viaja en una locomotora de ferro-carril. Se nota que el aire se vuelve sólido; que no es bastante robusto para sostenernos, pero que tendrá suficiente fuerza para ahogarnos. Las banderolas se desgarran, los objetos aumentan de tamaño; las dos anclas, felizmente lanzadas, y la cuerda *guia*, tocan tierra. Ocurre el choque... salto con toda la fuerza de mis piernas, y me agarro al aró con ambas manos.

Siéntese otra sacudida menos violenta, pero bastante fuerte para derribar á un principiante. Las anclas resisten; nos encaramamos á las cuerdas de la válvula, y el globo cautivo se vacía, bajando lentamente sobre nuestras cabezas.

Los instrumentos se han hecho pedazos. Uno de nuestros ayudantes tiene el rostro ensangrentado, por haberle saltado á la cabeza un pedazo del tubo de un barómetro. Otro ayudante se queja de un dolor en la pierna.

En menos de un minuto hemos bajado 400 metros en sentido vertical. No pudiendo sostenernos el aire, el bravo *Gigante* se ha abierto transformándose en paracaidas....

Los campesinos acuden presurosos, apareciendo por todas partes como hormigas.

Mientras se vacía el globo, examino su cubierta exterior, y advierto en ella dos aberturas que parecen hechas con un cuchillo, la mayor de las cuales tiene cerca de cincuenta centímetros de longitud. Ignoro su origen, pero es probable que se hayan hecho contra los árboles de la Esplanada. A estas cicatrices atribuyo la causa de que hayamos descendido junto al camino de hierro del Norte, mucho mas cerca de Meaux que de Hannover.

Empiezan á acudir niños, luego jóvenes y despues curas. Hemos caido en pleno monasterio, en el centro de los jardines del colegio de Juilly. Segun afirman los aeronautas, no es raro caer en tierra santa: tan numerosos y vastos son los establecimientos religiosos en todos los rincones de Francia. Debo, sin embargo, hacer justicia á la buena voluntad de aquellos Padres, que nos rodearon con solicitud verdaderamente evangélica, informándose de si habia algun herido, y convidándonos á comer.

No quise abusar de su amabilidad, y me acomodé en una posada, donde pasé la noche durmiendo en una buena cama; pero al dia siguiente, despues de despedirme del globo, tuve la infeliz ocurrencia de meterme en un carricoche que volcó en un bache, y estuve á punto de romperme los huesos. ¡ Cuán preferible era mi vehículo aéreo, por malo que parezca, á aquel maldito carruaje!

TERCERA ASCENSION

En esta ascension éramos nueve á bordo del *Gigante*: en primer lugar dos aficionados, que habian pagado mil francos por hacer este viaje aéreo; luego tres aeronautas, Luis y Eugenio Godard, los dos jefes de la gran familia aérea, y el hábil geólogo Giordani; y, por último, tres periodistas, Grousset, Vallés y Simonin.

Pascual Grousset vigilaba con una atencion incesante á uno de los dos aficionados que por mil francos tenia el honor de acompañarnos. Este era marsellés, y al inteli-

gente redactor de *La Epoca* se le habia metido en la cabeza que un marsellés que paga mil francos por hacer un viaje aéreo debia tener la manía del suicidio heróico, que queria tener el honor de arrojar desde una altura igual á la de cincuenta columnas de Vendome; pero segun me dijo luego el marsellés, no pensaba en tal cosa y si solo en el placer de verse entre las nubes.

Los hermanos Godard, que tienen entre los dos mas de mil ochocientas ascensiones sobre la conciencia, no podian contentarse con una ascension en que se fuera rasando la tierra; pero como no habian recibido las instrucciones necesarias para llevar el venerable globo hasta las puertas de Colonia, tenian que refrenar su aérea montura. Hubo necesidad de arrojar cuarenta y seis sacos de lastre bien contados para mantenerse á una altura que no excediera de tres mil metros, á pesar del cuidado que se ponía en tirarlo con oportunidad y en no permitir que la rapidez del descenso adquiriese proporciones alarmantes. En efecto, la velocidad adquirida es terrible para un aeronauta, casi tanto como para un ave distraida que se olvidase de abrir sus alas y se admirara de hacerse pedazos contra el suelo.

A eso de las ocho pensamos en comer, asunto importante, porque el aire puro de las altas regiones despierta un apetito voraz. El pollo asado constituyó nuestro primero y último plato fuerte; el salchichon y el queso formaron los demás. No llevábamos Champagne, por temor de que el tapon de la botella pudiese agujerear nuestro globo, y nos contentamos con vino de Burdeos que en aquellas alturas saltaba como si fermentase.

En el momento en que nos disponíamos á tomar el café contenido en botellas fuimos testigos de un fenómeno extraordinario.

El *Gigante*, que es muy higrométrico, estaba sumergido, casi despues de su partida, en un aire saturado de humedad, y se habia condensado en su superficie una cantidad de vapores que tal vez pesarian cien kiló-

gramos. Un poco antes de las nueve, el viento nos condujo al seno de un aire que la radiacion de la luna habia secado sin duda. Tan luego como empezó á evaporarse el agua absorbida por la tela, el globo, que tenia cierta tendencia á descender, pareció detenerse bruscamente. Viósele al poco rato dilatarse mas y mas, y su sombra, proyectada en las nubes, parecia alejarse de nosotros. El barómetro nos indicó que estábamos á unos tres mil metros de altura: la temperatura, muy suave hasta entonces, empezó á refrescar.

Veíase la tierra como una mancha oscura á través de los claros; Júpiter brillaba con un resplandor muy singular, á pesar de estar muy próximo á él nuestro satélite, y tanto que apenas distaba diez grados. Por el contrario, las estrellas mas brillantes por lo comun nos enviaban rayos muy débiles, y con dificultad se distinguian las del Carro. Al occidente nadaban inmensas masas negruzcas, cuyos contornos exteriores iluminaba la luna, asemejándose á montañas flotantes de basalto coronadas por inmensos glaciares.

En aquel momento, Simonin indicó un humo blanquecino que parecia salir de los costados del globo, y que no puedo comparar mejor que con el humo de una locomotora. «Es el *Gigante* que fuma su pipa,» exclamó riendo uno de nosotros. Pero el viejo gruñon fumaba aquella pipa encima de un barril de pólvora. En efecto, el gas, saliendo á borbotones por el apéndice, se escapa por efecto de una repentina dilatacion. Era prueba de una fuerte tension interior, capaz de hacer estallar un tejido, resistente en otro tiempo, pero cuya seda parecia convertida en yesca.

Si el globo se hubiese abierto á tres mil

metros de altura, habríamos caido con una rapidez tres ó cuatro veces mayor que la de Juilly, siendo el terrible corolario de esta caída, que no hubiéramos llegado á tierra hechos pedazos, sino una tortilla.

Despues de la aparicion del humo, reinó un momento de silencio. Cada uno de nosotros observaba si el apéndice que nos era sospechoso hacia tiempo, iba á hacernos la jugarreta imperdonable de ceder á un soplo imperceptible, ó tal vez á su propio peso.

Al dia siguiente, tomamos un carruaje que nos condujo á la estacion del ferrocarril mas próxima, y dejamos á los aeronautas el cuidado de recoger el globo.

Estábamos algo disgustados por no haber pasado una noche en los aires, pero ocurrió un incidente que nos hizo recobrar el buen humor. En la primera parada del tren que nos conducia á París, encontramos á los tripulantes del globo *Imperial*, que acababan de llegar acompañando su globo, y con los cuales fraternizamos en la fonda de la estacion siguiente, con gran asombro de los demás viajeros que se quedaron sorprendidos al ver que unos aeronautas trincaban con otros aeronautas.

La fraternidad de las tripulaciones aéreas es ya una gran cosa en tierra, pero en los aires, sobre todo, es donde los aeronautas deberian estar en buena inteligencia.

¡ Ah! Si los globos pudiesen navegar de conserva, aun cuando para ello se hubieran de atar unos á otros con un gran cordón umbilical que tuviese 400 ó 500 metros, y quizás 1,000 ó 2,000 de longitud! Este es un proyecto que acariciamos Tissandier, mi cómplice aéreo, y yo. Dios quiera que podamos lograrlo, porque esto valdrá mucho mas que nuestros apretones de manos y nuestros brindis terrestres!